

sos a mamá. No se te pase felicitar a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente”.

Por breves instantes la expectación reinó en la sala. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

“Es increíble. No es posible eso que dice Enrique” tartajó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: “Usted se imagina tío, a ‘Cazador’ hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos”.

Aquella *leña* avivó aún más el fuego del entusiasmo.

La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

“Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la “enseñada del perro”. Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: “Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que “Cazador” va a hablar como la gente”. “Es necesario que todos guardemos absoluta reserva”, apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.

Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de “Las hijas de María”.

Unos trabajadores “especialistas” cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos “moños” de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajeteo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías, portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armoniosas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La “nota negra” estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre “postizo”.

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No había ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado

cita para no perder detalle del casamiento.

Abajo del portal y en el jardín, se sirvió la espléndida, abundante y diversa comida. Había "barbacoa de cabeza de res", "cabrito asado", "machacado con huevo", "cabrito en su sangre o fritada", "carnita de puerco al estilo Jalisco", "gallina en mole poblano", "menudo" y muchos suculentos platillos. Todo esto acompañado con exquisita cerveza de la región.

El tío Pedro andaba más alegre que "unas castañuelas". Se prodigaba atendiendo a los invitados con una satisfacción completamente desconocida para mí. Pensaba, para mis adentros, que aquel hombre nos quería en verdad, tal como si fuéramos sus verdaderos hijos. Me reprochaba juzgarlo tan duramente y aunque me pesara recordarlo, volví a vivir aquella escena que me tocó presenciar en las puertas de una miserable choza de las rancherías circunvecinas. Fue tan rápido, que no alcancé a concebir en su grandiosa magnitud, aquellas palabras de una anciana andrajosa, que saliéndonos al paso, se abrazó de una de las piernas del tío, diciéndole: "Don Pedro, Don Pedro, muchas gracias por lo que hizo por nosotros. Dios lo bendiga". El tío, apartando a la vieja sin pronunciar palabra, fustigó el corcel para proseguir la marcha. Silenciosamente lo seguí, zumbándome en mi cerebro las frases que acababa de escuchar y no acertaba a comprender.

Los novios, defendiéndose de los puñados de arroz que arrojaban alegremente las amistades, decían "adioses" interminables entre risas y abrazos. Por fin se fueron a cumplir con su destino.

El bullicio se fue apagando. También una luz se extinguía paulatinamente en el interior de la casa. Olguita seguía grave.

XVIII

Tras la respuesta de Enrique muy temprano embarca-

mos con todas las comodidades y precauciones a "Cazador". La tía Virgen lo despidió con mimos y besos como si se tratara de un hijo que fuera a la guerra.

Por la tarde nos sorprendió la inesperada visita de don Esteban, el profesor del pueblo, quien previamente había sido mandado llamar por el tío Pedro. Adiviné el motivo de su presencia y me dio un brinco el corazón de sólo pensar que el tío pudiera leer las cartas de Enrique y descubrir el secreto.

No estaba equivocado. El tío había decidido aprender a leer y a escribir. "Es una vergüenza —nos dijo—, que el perro pronto vaya a saber hablar y yo ni siquiera sepa leer".

En los días siguientes recibimos unas bellas postales de Julia. Guadalajara, México, Acapulco. ¡Maravillas de la tierra mexicana!

También hubo noticias de Enrique. "Dile al tío Pedro que "Cazador" ya está en la escuela de perros. El profesor me dijo que era muy inteligente pues ya había aprendido a "deletrear". Es necesario que envíe cincuenta dólares más de lo previsto, porque está necesitando una alimentación especial que lo ayudará en sus tareas".

Enrique no perdía tiempo en "extraer el oro de la mina" y escribía casi a diario.

"Ya pronunció sus primeras palabras. Ya no ladra, ahora habla. Me dijo que saludara a la tía Virgen y al tío Pedro, y les mandara cariñosos recuerdos".

Aparejada venía la demanda de más dinero.

"Hoy salí con "Cazador" para enseñarle la ciudad. Le compré unos chocolates que me dijo le habían gustado mucho". El pobre "ya brincaba" por regresarse al pueblo. Me prometió estudiar con ahinco para graduarse lo antes posible. Siente nostalgia por las caricias de la tía Virgen".

Quien sin duda sentía nostalgia y no precisamente por las caricias de la inocente tía, era el insensato de Enrique. Su amor volcánico había llegado a su clímax, derrochando todo el dinero en satisfacer los caprichos de aquella "vampiresa" que lo tenía preso en sus redes.

Ya le había advertido el peligro que corríamos, pues el tío Pedro con delirante entusiasmo aprendía rápidamente haciendo progresos reales.

A veces me acusaba la conciencia de seguir haciéndole el juego a mi hermano. Me dio coraje y tristeza al enterarme de que "Cazador", no bien había llegado, cuando fue "despedido" con ciega y jubilosa patada que le propinara Enrique. Aquel can había ido a sumarse a los millares de perros vagabundos de Filadelfia. No concebía en mi hermano aquella falta. Siempre había demostrado tener un corazón de oro para con los animales. La verdadera culpable era ella.

XIX

Por la madrugada abordé el tren que iba a la ciudad con el encargo urgente y desesperado de traer al doctor, pues Olguita había entrado en agonía.

Al sentarme en las duras butacas de barrotes y ya casi en marcha el tren, vi pasar por fuera de la ventanilla una cabeza canosa que se movía precipitadamente. Era el tío Pedro en persona que se había decidido acompañarme a última hora.

Tomó asiento a mi lado respirando fatigosamente. Creía notar en su cara señales de abatimiento y debilidad.

En el camino, sus redondos ojos horadaban el firmamento. Iba pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilec-

ción. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraidamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecemos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellenó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida. No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando

(*) En el norte de México se da este nombre al miembro más pequeño de la familia.

el dolor de un hombre.

XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

“Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar ‘Cazador’, me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares ‘extras’ al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ese sería su mejor presente para la tía Virgen”.

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en “tragarse” las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin “Cazador”.

Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

“Sufro y me arrepiento por todas las locuras que cometí. Me ha quedado en el alma una huella amarga. Su traición dejó una marca indeleble: la primera herida en mi corazón”.

Este era el corolario cursi de quien había jugado con fuego olvidándose de sus principios honestos, para perderse en el callejón oscuro de la pasión.

En tropel nos lanzamos a la estación a esperar la llegada de Enrique. El tío Pedro daba muestras de gran nerviosidad.

Por fin escuchamos en la lejanía el aullido doloroso de



la locomotora. Se acercó rápidamente para aminorar su marcha antes de llegar a los andenes.

El tren había llegado trayéndonos al hermano ausente. ¡Once largos meses habían transcurrido!

¡Enrique!, ¡Enrique!, clamamos jubilosos cuando vimos aparecer su ensortijada cabellera. Venía más alto y grueso. Abrazos, besos y la pregunta obligada:

—¿Dónde está “Cazador”?

“De eso quería hablarle tío”. —¿Dónde está “Cazador”? volvió a tronar imperiosa la voz del tío, tornándose su rostro escarlata.

Por esos instantes volvió a ser el de antes. Mi pensamiento vislumbró intenciones homicidas. Aquello acabaría mal.

Apartándolo de nosotros, Enrique empezó a gesticular desesperadamente. Con sigilo me coloqué a espaldas del tío. Enrique hablaba.

“Salimos de Filadelfia ‘Cazador’ y yo, siendo despedidos por mis compañeros y algunos amigos del perro. En el camino venía bromeando con los pasajeros hablándoles en español y agregando algunas palabras en inglés que yo le decía. Al llegar a la frontera, los guardias aduanales se sorprendieron oyéndolo hablar, pidiéndome que se los vendiera. El propio ‘Cazador’ les contestó una serie de majaderías diciéndoles que no era “mercancía” para venderse y mil tonterías más que produjeron carcajadas entre ellos.

“Cerca de aquí, en la parada de Cerro Grande, me dijo: —Oye Enrique, no seas ‘agarrado’ y cómprame un ‘lonche de cabrito’ porque tengo mucha hambre. Después de engullirse dos lonches, se ‘echó’ tranquilamente en el asiento sin dejar de hablar y ‘vacilar’ con los pasajeros, diciéndoles tantas ‘picardías’, que no sé de dónde las sacaría”

“Al arrancar el tren me espetó de repente: —Cómo quisiera estar ya en la casa. Te aseguro que voy a vivir como un Rey. Le voy a sacar al tío Pedro un platal para largarme, pues ni crea que voy a vivir en un ‘mugroso’ rancho. ¿Y por qué le vas a pedir dinero?, le contesté yo. —En primer lugar, porque yo sé muchas cosas de él y se las voy a platicar

a la tía Virgen. En segundo, porque era muy malo conmigo y me daba patadas. Por eso tengo muchas ganas de vengarme. ¿Y qué le vas a contar a la tía Virgen? —Pues le voy a “chismear” que tenía varias queridas por las rancharías y que en las noches se levantaba para acostarse con Chonita la criada. De inmediato le repliqué, conminándolo a que no fuera a hacer eso. No me hizo caso, se rió y se burló de mí. Entonces me dio tanto coraje con el “desgraciado”, que lo arrojé por la ventanilla del tren estrellándolo contra las rocas”.

—“Perdóneme tío, no sé si hice bien o mal al matarlo”.

Confuso y aturdido contestó el tío Pedro:

—Hiciste muy bien, sobrino.

Al regresar a la casa el propio tío inventó a su vez una historia. Le dijo a la tía Virgen que el pobre “Cazador” se había envenenado con una mala comida en el camino, pero que fue auxiliado por un cura viajero en sus últimos momentos, musitando para ella (como le dijo Enrique) sus últimas palabras.

La pobre vieja lloró como una “Magdalena”.

La conciencia “nunca dormida, mudo y pertinaz testigo que no deja sin castigo ningún crimen de la vida”, me recordaba.

Profundos suspiros de alivio emitieron nuestros pechos después de pasado “el temporal”.

XXI

Mi madre llegó a la ciudad al día siguiente del arribo de mi hermano.

Su siempre melancólica cara irradiaba ahora alegría. Era la más feliz de las madres de la tierra. ¡Dios había hecho el milagro! Olguita se salvaría.

Después de saludar a todos y besar emocionada a Enrique, nos contó que gracias a la oportuna y esmerada intervención de los médicos especialistas del hospital, mi querida hermanita había prácticamente “resucitado”.

“Ya no la contábamos, pero Nuestro Señor escuchó mis rezos con su infinita misericordia. ¡Es un milagro, es un milagro!, repetía entre llorosa y enternecida”.

Bendito el cielo porque al fin habían cesado aquellas semanas de angustia y nuestro hogar volvía a su normalidad en vísperas de las primeras heladas.

Enrique avergonzado de sus malas acciones se había prometido pagar con creces, delineándose una conducta vertical. Sus hechos a través del tiempo, se encargarían de confirmar la enmienda.

Peró... el roble se desgajaba.

El tío Pedro había dejado de ser el hombre rudo. Demacrado y triste se desplazaba como un sonámbulo.

Esa misma tarde estuvo encerrado en su oficina hablando largamente con Enrique. Mi hermano salió cabizbajo y pensativo.

Por la noche toda la familia cenamos juntos. Fue una velada en la que campeó la concordia y el cariño. Se hicieron votos por la unidad y armonía entre los hermanos a instancias de una voz otrora autoritaria y que en esta ocasión sonaba condescendiente y sabia:

—“Ahora que ha regresado Enrique, he decidido dejar en sus manos la responsabilidad de mis negocios que desde este momento serán también de ustedes. El se encargará de corregir los muchos errores que cometí, algunos de buena y otros, con pena lo confieso, de mala fe. Al retirarme, sólo les recomiendo que sigan siendo los ejemplares hermanos que siempre he conocido, no olvidando ser cada día mejores hijos. Procuren trabajar mucho y sobre todo, sean fundamentalmente buenos”.

Dirigiéndose hacia mi hermano, terminó diciendo:

—“Mi buen Enrique, educa y ayuda a tus hermanos. Creo y confío en ti”.

Nos levantamos de la mesa atónitos, mirándonos sin creer, unos a otros. Jamás hubiéramos sospechado que el tío fuera capaz de hablar en esa forma. Su trato para con nosotros siempre había sido áspero y brusco. Para mí, no fue más que una confirmación de lo sucedido aquel día y sobre to-

do aquella noche reveladora en el portal. Un temblor de presentimientos sacudió mi cuerpo.

La tía y mi madre permanecían mudas de sorpresa. Tenían ante sí a un hombre nuevo.

Nos retiramos a dormir calladamente. Hacer ruido o hablar fuerte, rompería el encanto de una noche plena de bellos y puros sentimientos.

Afuera y adentro de la casa, reinaba una paz celestial.

XXII

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

La vida se le fue apagando como esas llamas de las cerillas que poco a poco se van consumiendo.

Inútiles fueron los esfuerzos desesperados de salvarle la existencia, después de aquel primer repentino ataque al corazón ocurrido al filo de la media noche.

Cuando alguien propuso salir violentamente a la ciudad por el médico, tarea por demás infructuosa, el enfermo protestó oponiéndose.

“Por favor no se asusten. Esto ya lo esperaba y deseaba. La muerte no es lo terrible que piensan ahorita ustedes. Lo único que lamento de veras es no haber sabido aprovechar ni comprender la vida en toda su magnitud”.

“Ahora, ya tarde para mí, pero no para ustedes, lo veo todo muy sencillo. Tantas vilezas y podredumbres, tantos medios malditos para conquistar el oro, la gloria y los placeres, objeto y fin de los humanos, vienen a ser en esta hora de la verdad suprema, punto menos que nada”.

“No equivoquen el verdadero camino de la vida. Pureza, bondad, conformidad, son los hermosos atributos de quien vive cerca de Dios”.

Un segundo ataque cortó las pausadas palabras que se quedaron grabadas para siempre en mi mente.

Quizá la imagen de su sonrisa postrera, tal vez el recuerdo de aquella inolvidable noche que pidió al Señor ofrendarle su vida por la de Olguita, me impulsaron a hilvanar, a una distancia de treinta años, estos modestos apuntes, como un homenaje a la memoria de aquel recio hombre que nos hiciera gozar, reír y también llorar: Mi Tío Pedro.

